

su asunto. Los romances llamados *juglarescos*, que tanto abundan en el ciclo Carolingio, y que hasta por la extensión material se distinguen de los otros, difieren todavía más en el modo de la narración, que suele degenerar en lánguida y palabarrera, y tienen ciertos visos de composición artificial, revelando la mano de un versificador más ó menos hábil, que utiliza elementos preexistentes, repite ciertas fórmulas convencionales, ó combina fragmentos de diversas canciones. En algunos de ellos, hasta consta el nombre de su autor ó refundidor.

Algunos romances eruditos y artísticos ó semi-artísticos, que tuvieron cobiada en la *Primavera* por las razones ya dichas, no son tantos ni tales que exijan clasificación especial.

Tal es el plan que me he propuesto en este trabajo, plan que poco difiere, como se ve, del que trazó en su libro clásico sobre esta materia el Dr. Milá y Fontanals, mi venerado maestro, de quien puedo decir, repitiendo las palabras de Stacio en loor de Virgilio: «*Longe sequor et vestigia semper adoro*» (1).

(1) Omíto la bibliografía de las colecciones de romances y de los principales libros que de ellos tratan, remitiendo al curioso á los excelentes catálogos de Durán (*Romancero General*), á los *Studien* de Wolf, á la *Poesía Heroico-Popular* de Milá, y al segundo tomo de esta *Primavera*, en cuyo apéndice tercero he puesto la descripción de los romanceros más antiguos.

II

Los ciclos nacionales. — a) El último rey godo de España.

Los romances relativos á D. Rodrigo y á la pérdida de España, no son muchos ni muy antiguos, pero las tradiciones en que se fundan ofrecen particular interés, tanto por ser uno de los pocos temas históricos en que la influencia árabe prepondera, como por la circunstancia, rara en verdad aunque no única, de haber suministrado elementos á una canción de gesta francesa, invirtiéndose en este caso la relación que generalmente se supone entre nuestra epopeya y la de nuestros vecinos. El estudio profundo y detenido de estas leyendas es materia en que actualmente ejercita su pluma el docto y afortunado colector de los romances asturianos D. Juan Menéndez Pidal, y á juzgar por la primera parte de su trabajo, única hasta ahora publicada (1), creemos que ha de agotar la materia, ofreciendo grandísimas novedades. Como la aparición de tal monografía hará muy pronto inútil este capítulo mío, le abreviaré cuanto pueda, limitándome á las tradiciones que fueron cantadas y atendiendo más á la parte fabulosa que á la histórica, puesto que es imposible reducir á breves páginas lo mucho y bueno que se ha dicho ya sobre la catástrofe de la monarquía visigótica (2), que ha recibido inesperada luz del ha-

(1) *Leyendas del último rey godo*. (En la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Diciembre de 1901)

(2) Son libros indispensables sobre este argumento: Dozy, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le Moyen âge*, Leyde, 1881. (Tercera y definitiva edición.)

llazgo y comparación de numerosos textos árabes desconocidos por los antiguos historiadores.

De los tres puntos capitales que abarca la leyenda de D. Rodrigo, uno sólo, el de su penitencia, es seguramente de origen cristiano. Los otros dos (casa ó cueva encantada de Toledo, amores de la Cava) pasaron de las crónicas árabes á las nuestras, lo cual no quiere decir que carezcan de fundamento histórico, pues aquí se trata sólo de la forma escrita ó literaria; ni nos autoriza para negar ó afirmar que semejantes tradiciones ú otras análogas fuesen conocidas en los reinos de Asturias y León, aunque á la verdad ninguno de los cronicones de la Reconquista antes del siglo XII da indicio de ello.

Era natural, en efecto, que los vencedores gustasen de consignar el recuerdo de los hechos de la conquista, y los amplificasen á su sabor, si bien por no haber comenzado á escribir sus historias hasta el siglo IX, no le conservasen mucho más vivo y fresco que los vencidos. Admitese generalmente, siguiendo á Dozy, que las tradiciones, ya fabulosas, ya históricas, sobre la conquista, se dividen en dos grupos: uno de origen oriental, otro de origen español. Contienen las narraciones escritas en Oriente una dosis mucho mayor de

La primera monografía del tomo primero versa sobre la conquista de España por los árabes.

Lafuente Alcántara (E.) *Ajbar-Machmuá* (colección de tradiciones): crónica anónima del siglo XI, dada á luz por primera vez, traducida y anotada... (Es el primer tomo, y hasta la fecha único, de la Colección de obras arábigas de historia y geografía que publica la Real Academia de la Historia) Madrid, 1867.

Fernández Guerra (D. Aureliano), *Caida y ruina del imperio visigótico español*. (Madrid, 1883.)

Tailhan (R. P. J... S. J.), *L'Anonyme de Cordoue. Chronique rimée des derniers rois de Tolède et de la conquête de l'Espagne par les arabes, éditée et annotée...* (Paris, 1885.)

Saavedra (D. Eduardo), *Estudio sobre la invasión de los árabes en España...* (Madrid, 1892.)

elementos fantásticos y maravillosos: la historia aparece obscurecida allí por innumerables fábulas, y alterada por el tiempo y la distancia. Al contrario, las tradiciones recogidas entre los musulmanes de España son mucho más sobrias y de carácter más histórico. Pero conviene tener presente, y el mismo Dozy lo nota, que esta distinción no ha de entenderse con todo rigor, pues se da el raro caso de que los musulmanes españoles que viajaron por Siria y Egipto, y oyeron las lecciones de maestros orientales, aceptaron y repitieron sumisamente, por el prestigio de la tradición, todos los cuentos y fábulas que les plugo inculcarles, aun sobre las cosas antiguas de España, en que los discípulos podían estar mejor informados. En Egipto aprendió, por ejemplo, el cordobés Aben Habib que Muza, como gran astrólogo que era, había leído en las estrellas la suerte de España: que un anciano misterioso había anunciado á Tarik: que el conquistador sería uno cuyas señas cuadraban puntualmente con las suyas: y que en sus excursiones por el país de Tamid (la costa del Atlántico), uno y otro habían encontrado estatuas automáticas que disparaban flechas, fortalezas de cobre defendidas por genios, y diablos encerrados en cofres mágicos por las artes del sabio rey Salomón.

No ha de confundirse con estas absurdas y quiméricas narraciones, aunque algún punto de enlace tenga con ellas, la tradición mucho más histórica de la llamada casa ó cueva encantada de Toledo, que el mismo Aben-Habib fué el primero en consignar en el siguiente importantísimo pasaje, cuya traducción debemos á nuestro docto arabista D. Francisco Codera (1).

(1) *Apud* Menéndez Pidal (J.) estudio ya citado.

La obra inédita de Abdelmelic-ben Habib se conserva en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, y es, según el testimonio de los que la han examinado, una *silva de varia lección*, de cuyo contenido puede dar idea el título difuso y pomposo, según costumbre de los orientales:

«Libro del principio de la creación del mundo, de las cosas

«Contónos Abdala ben Vahab por haberlo oído á Alaits ben Caad, que Muza ben Noseir, cuando conquistó el Andalus, fué en su excursión apoderándose de las ciudades á izquierda y derecha, hasta que llegó á Toledo, que era la Corte. Vió allí una casa llamada de los Reyes, la abrió y encontró en ella veinticinco coronas adornadas con perlas y jacintos, tantas como habían sido los reyes del Andalus; pues siempre que moría de entre ellos un rey, se ponía su corona en esta casa y se escribía en ella el nombre del rey, la edad que tenía cuando murió, y cuánto había permanecido en el reino; y se decía que el número de gobernadores de Alandalus entre los musulimes, desde el día en que fué conquistada hasta aquel en que se destruyese, sería igual al de los reyes *axemies* que habían gobernado en ella, esto es, veinticinco.

»Al lado de esta casa en que se encontraron las coronas, estaba otra, en la cual había veinticuatro candados, porque siempre que entraba á reinar un monarca ponía en ella un candado, como lo habían hecho sus antecesores, hasta que llegó á ocupar el trono Rodrigo, en cuyo tiempo fué conquistada Alandalus. Pocos días antes de la conquista, dijo Rodrigo: «¡Per Aláh! No moriré con el disgusto de esta casa, y sin remedio he de abrirla para saber lo que hay dentro de ella». Reuniéronse los cristianos, los sacerdotes y los obispos, y le dijeron: «¿Qué pretendes con abrir

que en él creó Dios, desde el principio de la creación de los cielos, mares, paraíso é infierno, y de la creación de Adán y Eva; de lo que hubo entre éstos y Eblí (el demonio); de cada uno de los profetas por su orden hasta Mahoma... de cada uno de los califas hasta la conquista de España; del oro, plata, margaritas (perlas), jacintos, esmeraldas y otras riquezas que se encontraron en ella; de lo que de ella se extrajo; de sus reyes y de los gobernadores que intervinieron en ella; de las tradiciones... sobre algunas comarcas .. etc.

(Pons y Boigues, *Historiadores y Geógrafos Árabe-Españoles*, Madrid, 1898, pág. 33).

esta casa? Calcula el tesoro que presumes que hay en ella, y eso tómallo de nosotros. No hagas lo que no ha hecho ninguno de tus antecesores, que eran gente de prudencia y saber al obrar como lo hicieron». Mas Rodrigo no se conformó sino con abrirla, impulsado por el destino fatal, y encontró una caja de madera, y en ella figuras de musulimes, llevando como ellos tocás, arcos árabes y caladas espadas, ricas en adornos. Hallaron también en la casa un escrito que decía: «Cuando sea abierta esta casa y se entre en ella, gentes cuya figura y aspecto sea como los que están aquí representados, invadirán este país, se apoderarán de él y lo vencerán». Y fué la entrada de los musulimes en este mismo año».

En términos casi idénticos consigna la misma leyenda (añadiendo el pormenor de la mesa de Salomón, hallada por los árabes en Toledo) otro escritor de mediados del siglo IX, el geógrafo oriental Aben Jordahbeh en su *Libro de los caminos y de los reinos* (1). La tradición toledana, que oralmente y á través de dos generaciones por lo menos había llegado á Aben Habib (muerto en 853 ó 54 de nuestra era), era ya corriente en todos los países de religión mahometana antes de finalizar aquel siglo. Y lo eran también las historias relativas á la violación de la Cava y á la venganza de D. Julián. Todo ello lo consignó en términos expresos el historiador egipcio Aben-Abdelháquem (muerto en 870 ó 71), que ha sido traducido al inglés por Harris Jones (2), y al castellano por Lafuente Alcántara (3). Sus palabras son estas:

«Dominaba en el estrecho que separa el Africa de España un cristiano llamado Julián, señor de Ceuta y

(1) En la parte sexta de la *Bibliotheca geographorum arabicorum*, editit M. J. Goeje. (Leyde, 1889.)

(2) *Ibn Abdel Haquem's history of the conquest of Spain...* Gottinga, 1858

(3) En los apéndices á su edición del *Ajbar Machmud*, páginas 208 y 55.

de otra ciudad de España que cae sobre el estrecho y se llama Al-Hadrá (la Verde), cercana á Tánger, y obedecía éste á Rodrigo, señor de España, que residía en Toledo. Había mandado Julián su hija á Rodrigo, señor de España, para su educación; mas el Rey la violó, y sabido esto por Julián, dijo: «El mejor castigo que puedo darle es hacer que los árabes vayan contra él», y mandó decir á Táriq, que él le conduciría á España. Táriq estaba entonces en Tremecén, y Muza en Kairván, y aquél contestó á Julián que no se fiaba de él si no le daba rehenes; entonces Julián le mandó sus dos hijas, únicas que tenía. Con esto se aseguró Táriq y salió en dirección á Ceuta, sobre el estrecho, en busca de Julián, quien se alegró mucho de su venida y le dijo que le conduciría á España. Había en el paso del estrecho un monte llamado hoy Chebel Táriq (Gibraltar), situado entre Ceuta y España; y luego que fué por la tarde, vino Julián con unos barcos y le condujo á este punto, donde se ocultó durante el día; volvió luego por los soldados que habían quedado, y así los fué transportando todos... Julián y los mercaderes que estaban con él quedaron en Algeciras para animar á sus compañeros y á la gente de la ciudad...

»Nos contó Abdor-Rahmen, con referencia á Abd-Allah-ben-Abdo-l-Háquem y á Hixem-ben-Ishac, que había en España una casa cerrada con muchos cerrojos, y que cada rey le aumentaba uno, hasta que fué Rey aquel en cuyo tiempo entraron los árabes. Quisieron que hiciese también un cerrojo, como sus predecesores, pero él rehusó y dijo que no haría tal cosa hasta ver lo que había en ella. La mandó abrir y encontró las figuras de los árabes con un letrado que decía: «Cuando se abra esta puerta, entrará en este país lo que aquí se representa»...

»Cuentan algunos que Rodrigo vino en busca de Táriq, que estaba en el monte, y cuando estuvo cerca, salió Táriq á su encuentro. Venía Rodrigo aquel día sobre el trono Real, conducido por dos mulas, con su

corona y todas las ropas y adornos que habían usado sus antepasados. Táriq y sus soldados fueron á su encuentro á pie, porque no tenían caballería, y pelearon desde que salió el sol hasta que se puso, de suerte que creyeron que aquello iba á ser una total destrucción; mas Dios mató á Rodrigo y á los suyos, y los musulmanes quedaron victoriosos. Jamás hubo en el Mogreb batalla más sangrienta que aquélla. Los musulimes no cesaron de matar cristianos en tres días».

Singular interés, aunque no tanta novedad como pudiera creerse por el origen de su autor, que era cuarto nieto del rey Witiza, ofrece el testimonio del historiador del siglo X, Aben-Alcutiya (*el hijo de la Goda*). Escribió la historia, más como cliente de los Omeyas de Córdoba, que como descendiente de la raza vencida; pero no hay duda que se apoyó en tradiciones orales, fuesen ó no de familia; y lo que dice de la casa de Toledo tiene carácter más histórico que en las restantes narraciones y pone en camino de indagar los verdaderos orígenes de esta conseja, puesto que habla de un arca que en aquel cerrado palacio se guardaba, y en la cual estaban depositados los cuatro Evangelios, por los cuales prestaban juramento los Reyes al tiempo de su coronación: costumbre que infringió Rodrigo, ciñéndose por sí propio la corona, con gran escándalo y reprobación del pueblo cristiano (1).

Conforme avanzan los tiempos, va arreciando el nublado de las fábulas. En varias compilaciones orientales, y especialmente en el texto del seudo Aben-Cotáiba, traducido al inglés por D. Pascual Gayangos (2) y que Dozy supone compuesto en el siglo XI,

(1) El texto de la Crónica de Aben-Alkutiya, acompañado de traducción castellana, está impreso años hace por nuestra Academia de la Historia, pero todavía no es del dominio público. Alguna parte de esta Crónica fué traducida al francés por Cherbonneau, y se halla en el *Journal Asiatique* (1853).

(2) En uno de los apéndices á su traducción inglesa de Al-Makkari, *The history of the mohammedan dynasties in Spain...*

se añaden una porción de detalles estupendos, de los cuales ahora prescindimos, porque no llegaron á penetrar en nuestra historia ni en nuestra poesía épica. Algunas de ellas las conocemos ya por Aben Habib. El cuento de la ciudad de bronce en *Las Mil y una noches* y el cuento aljamiado de *la ciudad de Alatón*, pueden considerarse como el último eco de estas ficciones.

«Las tradiciones verdaderamente españolas (dice Dozy), no contienen nada que se parezca á tales extravagancias. Dotados de un buen sentido admirable y digno de toda alabanza, los árabes de España, á excepción de sus teólogos, no hubieran creído fácilmente en autómatas, en castillos encantados, en genios condenados por sobrenatural poder á gemir encerrados en cajas de metal. Por el contrario, las tradiciones españolas son tan sencillas, tan plausibles, tan poco adornadas de incidentes novelescos ó maravillosos, que merecen, si no confianza absoluta, por lo menos examen serio».

El único libro, sin embargo, en que estas tradiciones aparecen limpias de toda mezcla de superstición egipcia ó persa, es el *Ajbar-Machmuá*, compilación anónima del siglo XI, que en nuestros días ha sido publicada y traducida íntegramente al castellano por D. Emilio Lafuente Alcántara. El *anónimo de París* (como vulgarmente se le denomina por hallarse en la Biblioteca Nacional de Francia el único manuscrito conocido de esta obra) no menciona la casa encantada de Toledo, pero acepta la tradición del Conde D. Julián y su hija. Su narración es de esta suerte:

«Murió en esto el rey de España, Gaitixa, dejando algunos hijos, entre ellos Obba y Sisberto, que el pueblo no quiso aceptar; y alterado el país, tuvieron á bien elegir y confiar el mando á un infiel llamado Rodrigo,

Translated by Pascual de Gayangos... Londres, 1840. Tomo I. Appendix D.

hombre resuelto y animoso que no era de estirpe real, sino caudillo y caballero. Acostumbraban los grandes señores de España mandar sus hijos, varones y hembras, al palacio real de Toledo, á la sazón fortaleza principal de España y capital del reino, á fin de que estuviesen á las órdenes del Monarca, á quien sólo ellos servían. Allí se educaban hasta que, llegados á la edad núbil, el Rey los casaba, proveyéndolos para ello de todo lo necesario. Cuando Rodrigo fué declarado Rey, prendóse de la hija de Julián, y la forzó. Escribiósele al padre lo ocurrido, y el infiel guardó su rencor y exclamó: «Por la religión del Mesías, que he de trastornar su reino y he de abrir una fosa bajo sus pies». Mandó en seguida su sumisión á Muza, confirió con él, le entregó las ciudades puestas bajo su mando, en virtud de un pacto que concertó con ventajosas y seguras condiciones para sí y sus compañeros, y habiéndole hecho una descripción de España, le estimuló á que procurase su conquista...

»Encontráronse Rodrigo y Táriq... en un lugar llamado el Lago, y pelearon encarnizadamente; mas las alas derecha é izquierda, al mando de Sisberto y Obba, hijos de Gaitixa, dieron á huir; y aunque el centro resistió algún tanto, al cabo Rodrigo fué también derrotado, y los musulimes hicieron una gran matanza en los enemigos. Rodrigo desapareció, sin que se supiese lo que le había acontecido, pues los musulmanes encontraron solamente su caballo blanco, con su silla de oro, guarnecida de rubies y esmeraldas, y un manto tejido de oro y bordado de perlas y rubies. El caballo había caído en un lodazal, y el cristiano que había caído con él, al sacar el pie se había dejado un botín en el lodo. Sólo Dios sabe lo que le pasó, pues no se tuvo noticia de él, ni se le encontró vivo ni muerto».

En casi todos los historiadores árabes de que hasta ahora han dado traducción, extracto ó noticia, los orientalistas, se habla en términos análogos de D. Julián y de su hija. Sirva de ejemplo Aben-Adhari, de

Marruecos, historiador de principios del siglo XIII, que ha sido puesto en castellano por D. Francisco Fernández y González (1).

«Y sucedió que un Rey de los godos, llamado Ruderiq, extendió la mano sobre la hija de Ilián que tenía en su palacio, y la hizo violencia en su persona, por lo cual envió ella un mensaje á su padre, dándole cuenta secretamente de todo; é Ilián, cuando hubo recibido la noticia, la guardó y ocultó en su pecho, esperando con ella días y meditando calamidades... Y escribió Ruderiq á Ilián para que le proporcionase halcones, aves y otras cosas, y le respondió Ilián con tales palabras: «Ciertamente irán á ti aves de las que no viste jamás semejantes»; con lo que aludía á su traición (2). En seguida invitó á Táriq á que pasase el mar, y hay discordancia en las narraciones sobre los combates que dió Táriq á la gente de Al-Andalus: y se dice que Ruderiq se adelantó contra él, reuniendo tropas escogidas, el nervio de la gente de su reino, guiándolas desde el trono real tirado por dos mulas, y con la corona en la cabeza y demás insignias que visten los reyes... Y cuando llegó al lugar donde estaba Táriq, salióle éste al encuentro, y combatieron sobre el Guad al-Lecca, en la cora de Xidhona (siendo aquel el día de ellos, y que fué á saber domingo, á dos noches por andar de la luna de Ramadán), desde que salió el sol hasta que se sumergió en la noche, y amaneció el lunes sobre la pelea hasta la tarde, pro-

(1) *Historias de Al-Andalus, por Aben Adhari, de Marruecos, traducidas directamente al castellano* por el Dr. D. Francisco Fernández y González. Granada, 1862. Tomo 1.º, único publicado. El texto árabe de esta Crónica había sido impreso en Leyden por Dozy, 1848-1851.

(2) En la *Cronica de Rasis* usa también D. Julián una frase misteriosa y amenazadora, dirigiéndose al rey que le suplicaba que volviese á enviar su hija á la Corte: «Señor, quando Dios quisiere que ella acá venga, yo vos la faré venir con tal compañía e tan bien guardada como nunca donzella entró en España».

longándose seis días de este modo hasta el segundo día en que se completaron ocho días; y mató Dios á Ludheriq y á quien con él estaba, y fué abierta á los musulimes Al-Andalus, y no se supo el paradero de Rudheriq, ni fué hallado su cadáver, aunque se hallaron sus botones con labores de plata; y unos dicen que se ahogó, y otros que fué muerto; mas sólo Dios sabe lo cierto de él».

No olvida Aben Adhari la conseja de la cueva encantada de Toledo, y su narración tiene doble precio, porque no se apoya sólo en fuentes orientales, sino en las que llama *axemtes*, es decir, latinas ó muzárabes: «Yo he hallado en algunos libros *axemtes* que el último de los reyes de Al-Andalus fué en verdad Guajanxindox (*Witiza*)... y dicen que Ludheriq, en cuyo tiempo entraron los árabes y bereberes, acometió al tal Guajanxindox y alcanzó el reino de Al-Andalus; y como le pareciera vil Tolaitola, la mejoró en sus edificios; y en los libros *axemtes* se lee que este Rudheriq no era de casa real, sino ambicioso usurpador de los tenientes de rey en Cortoba, el cual dió muerte á Guajanxindox, después de haberle desposeído... y mudó la ley, y corrompió las costumbres y abrió la casa donde se guardaba el arca en que se escribía el nombre del rey que moría, y se había colgado la corona de cuantos subían al trono... y cuentan que edificó en particular para sí una casa semejante á aquella, resplandeciente de oro y plata; novedad que no plació á las gentes; y como pretendiera abrir la antigua, y así mismo el arca, cuando las abrió, encontró en la casa las armas de los reyes y figuras de árabes con sus arcos á la espalda, y con turbantes en la cabeza, y en el fondo del arca escrito: «Cuando se abriere esta arca y se sacaren las figuras, entrará en Al-Andalus un pueblo con turbantes en la cabeza... Y cuando fué Táriq á Tolaitola, halló en ella la mesa de Suleimán con figuras de árabes y bereberes á caballo, las cuales fueron colocadas en el alcázar de Cortoba. Y se dice

también, ser talismanes que fijaron los árabes en sus mezquitas de Al-Andalus, hasta que Abdurrahman-ben-Moavía los trasladó al alcázar».

Vemos aquí apuntar un nuevo elemento supersticioso, que no se halla en las versiones más antiguas, pero sí en algunas de las que fueron recogidas por el famoso compilador del siglo xvii, Al-Makkari, que amplía más que los restantes el cuento del rollo de pergamino hallado por Rodrigo en el arca cuando rompió los cerrojos de la casa encantada de Toledo, y conviene con Aben-Adhari en lo relativo á la deshonra de la hija de D. Julián y á la parábola de los halcones. Dice, pues, Al-Makkari, con referencia á un historiador incógnito, que algunos creen ser el Homaidi, que un sabio rey griego, de los que dominaron en Al-Andalus, había encerrado en cierta urna de mármol colocada en un palacio de Toledo un talismán ó amuleto mágico, y que cuando este encantamiento fué roto por el rey D. Rodrigo, quebrando los veintisiete candados que habían puesto sus predecesores, quedó entregada España á la invasión de los bereberes.

Más importancia que ninguna de las crónicas árabes citadas hasta ahora tendría, si la poseyésemos íntegra y en su original, la de Ahmed-Ar-Razi, que si no es, ni con mucho, el más antiguo de los historiadores árabes españoles, como á veces se ha afirmado por confundirle con otros miembros de su familia oriunda de Persia, es, por lo menos, el historiador más notable del siglo x, llamado por los suyos el *Attariji*, es decir, el cronista por excelencia. Pero de su texto árabe sólo se hallan referencias en otros historiadores más modernos; y la traducción castellana del siglo xiv, fundada en otra portuguesa hecha por el maestro Mahomad y el clérigo Gil Pérez, y vulgarmente llamada *Crónica del moro Rasis*, cuya autenticidad en todo lo substancial ha sido puesta fuera de litigio por Gayangos (1) y

(1) Memoria sobre la autenticidad de la Crónica denominada

Saavedra, no sólo ha llegado á nosotros en códices estragadísimo y después de pasar por dos intérpretes diversos, sino que es sospechosa de interpolación en algunas partes secundarias. Pero no hay texto de la historiografía árabe que tanto importe para el estudio de la presente leyenda, ni que se enlace de un modo tan inmediato con las versiones españolas, sobre todo con la «Crónica» de Pedro del Corral, que no es más que una amplificación monstruosa y dilatadísima del libro de Rasis, el cual tampoco pecaba de conciso en la narración novelesca de los casos de D. Rodrigo. Tan fabuloso pareció este cuento á los mismos copistas de la *Crónica del moro Rasis*, que por mal empleado escrúpulo de conciencia histórica dejaron de transcribirle, resultando en los códices más famosos, como el de Santa Catalina de Toledo y el que perteneció á Ambrosio de Morales, una considerable laguna, precisamente en el sitio que debía contener la aventura de la hija de D. Julián. El descubrimiento de esta preciosa narración no es el menor de los servicios que deben las letras españolas al Sr. D. Ramón Menéndez Pidal, que la halló intercalada en una de las redacciones de la *Segunda Crónica general*, es decir, de la de 1344 (1).

No es del caso apuntar todos los pormenores de tan prolijo é interesante relato, pero sí advertir que contiene ya todo lo que puede estimarse como tradicional en la *Crónica de D. Rodrigo*, limitándose con esto mucho la parte de invención hasta ahora atribuida á Pedro del Corral, que en muchos trozos copia servilmente á su predecesor. No es, pues, Corral, sino Rasis el primero que llamó casa de Hércules á la de Toledo, y amplificó prolijamente el cuento con una galana des-

del moro Rasis (en el tomo VIII de *Memorias de la Real Academia de la Historia*, 1850).

(1) *Catálogo de la Real Biblioteca. Manuscritos. Crónicas generales de España, descritas por Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, 1898. Hállase impreso el texto de Rasis desde la pág. 26 á la 49.

cripción del encantado palacio y de las maravillas que en él había puesto su fundador (1). Rasis es también

(1) «E él sin ninguna detenenencia fué á las puertas de la casa é fizo las quebrantar, más esto fué por muy gran afán, é tantas eran las llaves é los canados que era maravilla. É después que fué abierta, entró él dentro... é fallaron un palacio en quadra tanto de una parte como de la otra, tan maravilloso que non ha onbre que lo pudiese dezir; que la una parte del palacio era tan blanca como es hoy la nieve, que non puede más ser; é la otra parte del palacio, derecho ella, era tan negra como la cosa más negra que en el mundo ha, é de dentro non podía ser más; é la otra parte del palacio era tan verde como es el limón ó como de una cosa que de su natura fuese muy verde; é de la otra parte era tan bermejo como una sangre. É todo el palacio era tan claro como un cristal, nin viera onbre en el mundo cosa tan clara, é semejaba que en cada una de aquellas partes del palacio non avia más de sendas puertas, é de quantos entraron que lo vieron non ovo ay atal que sopiese dezir que piedra con piedra hi avia juntada, nin que lo podiese partir é todos tovieron aquel palacio por el más maravilloso que nunca vieron... É en el palacio non avia madero nin clavo ninguno... é avia hi finestras por do entraba toda la lumbre, por do podian ver quanto hy avia; é después cataron como el palacio era fecho, é tovieron mientes, é nunca pudieron veer nin asmar sino lo mejor que vieron: estar un esteo (*poste ó pilar*) non muy grueso, é era todo redondo é era tan alto como un onbre, é avia hy en él una puerta muy sotilmente fecha é asáz pequeña é encima della letras gruesas que dezian en esta guisa: quando Ércoles fizo esta casa andava la era de Adam en quatro mill é seis años. É después que la puerta abrieron, fallaron dentro letras abiertas que dezian: «esta casa es una de las maravillas de Ércoles». É después que estas letras leyeron, vieron en el esteo una casa fecha en que estaba una arca de plata, é esta era muy bien fecha é era labrada de oro é de plata é con piedras preciosas é tenia un canado de aljofar tan noble que maravilla es, é avia en él letras griegas que dezian: «ó rrey en tu tiempo esta arca fuere abierta, non puede ser que no verá maravillas ante que muera. É ese Yércoles, el señor de Grecia, supo alguna cosa de lo que avia de venir».

Lo restante del cuento va conforme á los demás textos árabes que conocemos.

el primer cronista en quien se halla el nombre de la Caba, que probablemente no es más que la alteración de un nombre propio (*Alataba*) y no tiene el sentido de mala mujer ó ramera que impropiaamente se le ha dado por una falsa etimología árabe (1). Creemos que también Rasis ó su traductor es el primero que llama conde á D. Julián, cuya fisonomía histórica aclara bastante, mostrando el vinculo de clientela ó vasallaje feudal que le enlazaba con D. Rodrigo, aunque no fuese súbdito suyo (2). A Rasis pertenecen también, aunque nada más que en germen, las escenas de la seducción de la Caba que luego desarrolló novelescamente Pedro del Corral; el nombre de la confidente Alquifa, el pri-

(1) Fué inventor de esta etimología el falsario Miguel de Luna, en la supuesta *Crónica de Abentarique* (1589): «Esta dama Florinda, así llamada por propio nombre, nombraron los árabes la Cava, es decir, la mala mujer». Existe, en efecto, la palabra *cahba* en el sentido de manceba ó prostituta, pero sólo cuadraría á la heroína del *Anseis de Cartago*, de ningún modo á la desdichada hija de Julián, tal como aparece en las leyendas musulmanas.

(2) «Avia en Cepta un conde que era señor de los puertos de allen mar é de aquen mar é avia nonbre Don Jullano, é avia una fija muy fermosa é muy buena donzella é que avia muy gran sabor de seer muy buena muger; é tanto que esto supo el rrey rrodrigo, mandó dezir al conde don Juliano que le mandase traer su fija á Toledo, quel non queria que la donzella de que tanto bien dezian estuviese sino con su mujer, é que de allí le daría mejor casamiento que otro onbre en el mundo. É quando el conde le vino este mandado fué muy ledo é pagado, é mandó luego llevar su fija é mandole dezir quel que le agradecía mucho quanto bien é quanta merçed hazia á él é á su hija»...

En boca del mismo D. Julián, enumerando sus servicios, se ponen estas palabras: «é mis amigos é mis parientes muchos que avia en España, dellos por lo mio, é dellos por lo de mi mujer, que es pariente dellos».

Uno de sus consejeros y clientes le dice, para apartarle de sus proyectos de venganza: «el rey don Rodrigo es tu señor, é as le hecho omenaje, como quier que del no tergas tierra».

mitivo texto de la carta que la desflorada doncella escribió á su padre (1) el viaje de éste á Toledo, los preparativos de su venganza y la intervención de su mujer en ella.

La parte historial de la conquista en Rasis era ya conocida desde antiguo, aunque generalmente poco apreciada hasta que Saavedra mostró cuánto partido podía sacarse de ella para ilustrar las postrimerías del reino visigótico. En la descripción de la batalla ofrece nuevos pormenores que luego se incorporaron en la tradición poética: una descripción muy larga y pomposa del carro de D. Rodrigo (2), las lamentacio-

(1). Esta carta comienza así:

«Al honrrado, sesudo é presciado é temido señor padre, conde don Julliano é señor de Çebta, yo la Taba vuestra desonrrada fija, me enbio encomendar»...

En esta carta está calcada la de Pedro del Corral, que luego fué parafraseada y amplificada de mil modos.

El detalle de haber comenzado á perder la Cava su hermosura inmediatamente después de la deshonra, es también común á los dos autores.

(2) «Et ¿qué vos contaremos del Rey de cómo venia para la batalla, y de las vestiduras que trahia, y qué eran las noblezas que trahia, y non creo que ha home que las pudiese contar, ca él iba vestido de una arfolla que en esse tiempo decian púrpura que estonces traian los Reyes por costumbre, et según asinamiento de los que la vieron, que bien valia mil marcos de oro, y las piedras y los adobos en esto no ha home que lo pudiese decir que tales eran, ca él venia en un carro de oro que tiraban dos mulas; éstas eran las más ferrosas y las mejores que nunca ome vió, et el carro era tan noblemente fecho que non havia en él fuste ni fierro, mas non era otra cosa sinon oro y plata y piedras preciosas, et era tan sotilmente labrado que maravilla era, y encima del carro había un paño de oro tendido, y este paño non ha home en el mundo que le pudiese poner precio; et dentro, so este paño estaba una silla tan rica que nunca ome vió otra tal que le semejase; et aquella silla era tan noble y tan alta que el menor home que havia en la puerta, la podía bien veer; et ¿qué vos podía home decir que desde que Hispan, el primero poblador que vino á España, fasta en aquel tiempo

nes del rey derrotado (1), y ciertas dudas acerca de su paradero después del vencimiento.

«Et nunca tanto pudieron catar que catasen parte del rey D. Rodrigo... é diz que fué señor después de villas y castillos, et otros dicen que moriera en el mar, et otros dijeron que moriera fuyendo á las montañas y que lo comieron bestias fieras, y más desto no sabemos, et después á cabo de gran tiempo fallaron una sepultura en Viseo en que están escritas letras que decian así: «aquí yace el rey don Rodrigo reey de Godos, que se perdió en la batalla de Saguyue» (2).

Esta noticia del hallazgo del sepulcro consta desde el siglo IX en los cronicones cristianos, como veremos inmediatamente; y no es verosímil que la tomasen de Rasis ni al contrario: debe tener, por consiguiente, valor histórico, lo cual se confirma por otros indicios. Pero tampoco es imposible que los traductores de Rasis añadieran tal especie, y sospecho que no fué ésta la principal ni la más grave de sus intercalaciones. Antes de tocar este punto, que considero muy capital en el proceso de la leyenda, conviene indagar cómo penetró ésta entre los españoles de la Reconquista, sin detenernos á apurar el valor histórico de todas estas tradiciones, que no es mayor ni menor por hallarse en tantos libros diversos, dada la costumbre que los árabes tenían de copiarse ciegamente unos á otros. De la existencia de Julián y de la parte que

que el rey D. Rodrigo vino á aquella batalla, nunca fallamos de rey ninguno nin de otro home que saliese tan bien guisado nin con tanta gente como éste salió contra Tarife?»

(1) Estas lamentaciones, en Rasis, se ponen, no después de la catástrofe del lago de la Janda, sino después de la muerte de D. Sancho, sobrino del rey. Adelante insistiremos sobre ellas.

(2) Otros códices dicen de la Sigonera (*Sangunera*, en el *Poema de Fernán González*). Es la batalla que Saavedra llama de Segoyuela, cerca de Tamames, en tierra de Salamanca. Andando el tiempo esta batalla se confundió con la del río Barbate, erróneamente llamada del Guadalete.

tuvo en la invasión, no hay que dudar, puesto que no sólo la afirman todos los cronistas árabes, sino también el Pacense (ó sea el anónimo de Córdoba ó el anónimo de Toledo, ó como quiera llamársele), dando á Julián el nombre de Urbano: *nobilis viri Urbani africanae regionis sub dogmate catholicae fidei exorti*. Pero sobre su nacionalidad y raza se disputa mucho, pues aunque ya está abandonada la opinión que le tenía por visigodo, Dozy le supone *exarca* bizantino y súbdito del Imperio por consiguiente; Saavedra se inclina á tenerle por persa ó armenio; y Codera, en un recentísimo trabajo no publicado aún del todo (1) presenta fuertes argumentos para demostrar que era un jefe bereber de la tribu de los Gomerres, adversario primero y después aliado de los musulmanes. Ya en el siglo XIV había dudas sobre este particular, puesto que el Canciller Ayala en la *Crónica de D. Pedro* (año segundo, cap. XVIII), escribe: «Este conde D. Illán no era de linaje godo, sino de linaje de los Césares, que quiere decir de los romanos».

La violencia hecha á la hija de Julián (ó á su mujer, según otros textos) que, aun suponiéndola cierta, sería pequeña explicación para tan gran catástrofe (habiéndolas tan á la mano como la discordia civil que estalló después de la muerte de Witiza y de la elección tumultuaria de Rodrigo), tiene en su apoyo la constante tradición de los árabes, y ninguna inverosimilitud encierra, aunque recuerde demasiado otros temas épicos (incluso el del rapto de Helena) y pueda estimarse por un lugar común del género. Pero si la historia se repite, no es maravilla que se repita la epopeya, que es su imagen idealizada. Y muy racional parece que alguna gravísima ofensa privada (como

(1) *El llamado conde D. Julián*, en la *Revista de Aragón* (Marzo de 1902). Sostiene Codera que el verdadero nombre de D. Julián era *Urbán* (como le llama el Pacense) ó más bien *Olbán*.

ésta que implicaba el quebrantamiento de los vínculos de hospitalidad) estimulase el ánimo de Julián para convertirse primero en armador, y luego en guía y consejero de los invasores, aprovechando el conocimiento que de España tenía; si es que no bastaron para llevarle por tal camino su propia inclinación de aventurero y soldado mercenario, su adhesión personal á los hijos de Witiza, y la esperanza que al parecer logró de tener crecidísima parte en los provechos y beneficios de la campaña de intervención, á la cual tanto contribuyó con sus barcos y con sus clientes armados (1). De la costumbre de educarse en el aula regia los mancebos y doncellas nobles no se encuentra vestigio, que yo sepa, en las leyes y documentos históricos y literarios de la monarquía visigótica, pero no hay duda que tal costumbre existió en los reinos españoles de la Edad Media, y debía venir de muy antiguo, como tantas otras heredadas de la corte de Toledo.

Fábula ó historia la de la Cava (2), no siempre fué referida del mismo modo por los musulmanes. Historiador árabe hay, y por cierto el más crítico y famoso de todos ellos, Aben-Jaldún (siglo XIV), que con extraña concisión atribuye el desafuero, no á D. Rodrigo, sino á su inmediato predecesor Witiza: «Después de Egica vino á reinar Witiza catorce años, y le

(1) Consta que se estableció en Córdoba, donde su hijo Balacayas renegó de la fe cristiana (vid. Saavedra, *Estudio*, pág. 51). Creemos que *los compañeros de Julián*, tantas veces mencionados en las relaciones árabes de la conquista, no son precisamente los witizanos, sino sus propios clientes de África y los deudos que su mujer tenía en España, si hemos de dar algún crédito al texto de Rasis.

(2) Creo que el primer crítico que negó la tradición de la Cava fué Pedro Mantuano en sus *Advertencias á la Historia del P. Mariana* (Milán, 1611), pág. 98: «Probaré cómo no hubo Cava, y quién fué la causa de la destrucción de España (los hijos de Witiza)». Del capítulo del P. Mariana dice que «parece sacado de algún libro de Caballerías», y realmente lo está de Pedro del Corral.

pasó lo que le pasó con la hija de Julián, gobernador de Ceuta» (1).

Nada hay que añadir respecto de la casa encantada de Toledo, á lo que con tanta erudición é ingenio acaba de escribir el Sr. D. Juan Menéndez Pidal, á cuyo trabajo me remito. Mézclanse en esta leyenda elementos de muy varias procedencias, y es fácil notar en ella diversos estados sucesivos. A primera vista inclinárase uno á tenerla por enteramente oriental, considerando sólo la extraña analogía que muestra con la del sepulcro de la reina Nitocris violado por Darío, con la esperanza de encontrar grandes tesoros, según puede leerse en el primer libro de las *Historias* de Herodoto. Nada falta para la perfecta semejanza, ni siquiera las inscripciones grabadas en la puerta del monumento fúnebre, y en el sepulcro mismo. Natural parecía que esta conseja, transmitida por los persas ó los egipcios á los árabes, y enriquecida por ellos con nuevas fábulas, tal como la vemos en el cuento de los palacios de Daluca la vieja (que entró con otras narraciones de la misma procedencia en la «*Grande et General Estoria*» compilada por orden de Alfonso X) fuese el único fundamento de todo el mito, puesto que de la anciana reina de Egipto se cuenta, como aquí de Hércules, que estaba iniciada en el arte mágica, que fabricó los sortilegios de su palacio en el instante propicio de la revolución de los astros, y que puso en sus templos las imágenes de todos los pueblos vecinos á Egipto, con sus caballos y camellos.

(1) Esta versión debía de correr entre los árabes antes de Aben-Jaldún, puesto que San Pedro Pascual, obispo de Jaén, que escribía antes de 1300, cautivo en Granada, su *Libro contra la seta de Mahomath*, atribuye al rey Witiza la ofensa hecha á la hija del conde *don Illane*; y no puede dudarse que sus noticias sobre la conquista son de procedencia árabe, puesto que narra la estratagema de los infieles, fingiéndose antropófagos para aterrar á los cristianos, especie que se halla en Abdelháquem y otros.

Pero hay en la leyenda toledana reminiscencias históricas y topográficas que no pueden explicarse de ningún modo, por la transplantación pura y simple de una novela oriental. La mesa de Salomón existía realmente y formó parte del botín de los invasores: nadie duda hoy que con ese nombre se designó el arca preciosa que servía para sacar en procesión los Santos Evangelios. También es seguro que las coronas votivas de los reyes estaban suspendidas en alguna de las iglesias de Toledo, y el hallazgo de las de Suintila y Recesvinto en Guarrazar ha venido á comprobarlo. El nombre de Hércules, como el de Hispán (*Ixban*), figuraba en las más antiguas y clásicas tradiciones de la Península, y aquí seguramente le aprendieron los conquistadores. La *Crónica General*, que en esta parte no siguió textos árabes, sino fábulas mucho más viejas y de origen obscuro, habla de dos torres que levantaron en Toledo *sobre cuevas* los dos hijos del fabuloso y prehistórico rey Rocas, y hasta determina su emplazamiento: la una estaba *do es agora el alcázar*, la otra *do agora es la iglesia de San Román*. A estas torres se añadieron luego otras dos levantadas por otro rey pagano que la *General* llama *Pirrus*, y la *Crónica* de 1344, influida ya por la de Rasis, *Hércules*. ¿No parece natural ver aquí, como ha visto el Sr. Menéndez Pidal, aunque nadie hubiera caído antes en la cuenta, verdaderos monumentos prehistóricos á estilo de los *Talayots* de Menorca, «recintos de planta circular destinados á sepulturas, levantados algunos en cerros sobre cuevas naturales, y en grupos de tres y de cuatro?» Ayuda á esta interpretación el antiguo emplazamiento que ya en el siglo xv, según consta por el biógrafo de don Pedro Niño y por el Arcipreste de Talavera, se daba á la cueva de Hércules, en el ya citado Cerro de San Román, en la famosa cueva ó cripta de San Ginés, «labrada de muy fuerte labor, de cantos labrados, de dos naves». En aquella cueva supone el historiador toledano Pedro de Alcocer que vivió en tiempos remo-